

A N E X O

**VIII PREMIO DE RELATOS CAMILO JOSÉ CELA
PARA JÓVENES**

EL TEOREMA DE LOS CUENTOS

ALBA BERMÚDEZ MARTÍN
Colegio SEK-Ciudalcampo de Madrid

Sería raro pensar que todo pasa como en los cuentos de hadas, que cada príncipe encuentra a su princesa, que huyen a un castillo de cristal, y que viven felices y comiendo perdices. Pero resulta, que hay princesas a las que las perdices no vuelven locas. Princesas que no buscan castillos de cristal, ni paseos en caballo hasta una puesta de sol que se funde en sus colores hasta que aparecen la palabra “Fin” en pantalla. De todos modos, no nos engañemos, la vida real no esconde cuentos de príncipes ni princesas. Sin embargo, hay historias. Algunas duran más, otras menos y hay algunas que simplemente se quedaron atrapadas en un suspiro; expulsado por unos labios temblorosos, escondidos entre unas palmas con nudillos blancos, que no entienden porque nos mintieron, y los finales felices no duran para siempre jamás.

Esta es la historia de Hugo, un bobo enamorado y de Valentina, una apasionada lectora. Una historia que posiblemente no hubiera tenido que ser contada, porque no tiene ni la pasión, ni las aventuras, ni las mentiras que leemos en los libros. Es la simple historia de porque hay historias que nacen y se convierten en otra cosa:

Posiblemente, todo podría resumirse en *“se miraron, saltó la chispa que envolvió sus corazones suavemente y en un pis-pás surgió lo que todos conocemos, o creemos conocer como amor”* Pero, lamentablemente no fue así. Todo empezó, como empiezan las relaciones, con una mirada. Ella recorría la calle de noche, volviendo después de una larga noche de fiesta a su casa... ¿Para que mentir? Ella no era de esa clase de chicas. Valentina venía de la biblioteca, inmersa en sus estudios y lecturas. Había cogido el metro y observaba las tintineantes luces del vagón. Poca gente se encontraba allí a aquellas horas, sin embargo, no la importaba. Escuchaba atentamente su música. Una mezcla loca de mil canciones de todas las épocas.

Iba de pie, apoyada en el final del vagón haciendo caso omiso a cualquiera que abandonaba o emprendía el viaje en aquel metro.

Pero es necesario recalcar que desde hacía dos estaciones alguien la observaba. Sin

saber por qué. No era nada fuera del otro mundo, no era despampanante, ni iba provocando, simplemente estaba allí, y él no podía evitarlo. Sus ojos la recorrían, pero no de mala manera, sino sorprendido por su naturalidad. Había algo en aquellos ojos oscuros que le tentaba.

Antes de darse cuenta ya se estaba levantando, iba hacia ella. Valentina no se había dado cuenta, estaba absorta en la canción que resonaba ahora en sus oídos. Hugo se acercaba, pensando en que decirla, en que diría. Pero, en el último momento, el momento clave donde todo podría haber comenzado, salió por la puerta que se abría del vagón. Y seguidamente arremetió verbalmente contra su cobardía y observó como ella se alejaba. Sin embargo, hubo un instante en el que no todo estaba perdido. Valentina alzó la mirada y lo observó detenidamente. Cómo si le conociese, como si quisiese hacerlo. Pero ya era demasiado tarde, el metro era engullido por la oscuridad del túnel, donde lo único que se escuchaba ahora era el eléctrico zumbido de las luces del vagón.

Llegó a casa, cansada. Con la mirada penetrante de aquel misterioso chico en la cabeza, pero no tuvo mucho tiempo de seguir pensando en aquello. El mero hecho del roce de su mejilla con la mullida almohada la hizo sumirse en un profundo sueño, donde todo era oscuro, excepto unos grandes ojos marrones que se podían percibir en algún lugar del subconsciente.

Los días siguientes transcurrieron con normalidad. Primero eran minutos que se iban convirtiendo en horas. Esas horas pasaban, como pasa la gente, el tiempo o el aire. Ambos se habían olvidado de los rostros del otro, no había sido nada más que una mirada. Un recuerdo desechado sin más al cajón de los *casis*. Pero es el destino, un zorro astuto que juega con los hilos que van formando poco a poco la historia de nuestras vidas y a veces le gusta liarlos y enredarlos. Es su adictiva diversión, su entretenimiento con el que pasa la eternidad.

Fueron meses después cuando se volvieron a encontrar. Esta vez, inconscientemente de que aquel día todo iba a cambiar, o al menos podría hacerlo.

De nuevo, el mismo escenario, esta vez por la tarde, donde el sol de primavera intentaba calentar los cuerpos que deambulaban por la calle. Valentina estaba sentada en uno de los asientos. La música no sonaba en aquel momento, se había limitado a observar a la gente que pasaba, entraba y salía. Estaba deseosa de llegar a su casa deshojando las estaciones que aun faltaban. De pronto se anunció la siguiente parada, y sus ojos recorrieron el letrero fluorescente. Sin leer. Solo miraba las letras. Las puertas se abrieron.

Bajando por las escaleras se encontraba Hugo. Pensó que no valía la pena correr, pues estaba claro que iba a perder el metro. Pero en el último instante, algo le llamó la atención. Una persona que estaba sentada ¿Le miraba? Lo hacía. Era ella. Bajó las escaleras de dos en dos, mientras el ensordecedor sonido del pitido que anunciaba el cierre de las puertas taladrando sus tímpanos, perturbando hasta la última célula de su cuerpo.

Las puertas se cerraban. Era como una de esas películas de acción, dónde esta escena está retocada a cámara lenta, dónde el protagonista consigue entrar en el último instante. Pero aquella no era una de esas escenas. Así que las puertas se cerraron. Antipáticas. No iban a permitir pasar a nada, ni a nadie.

Hugo corrió detrás del metro, mientras Valentina le observaba. Tensa se había levantado, y sus miradas se encontraron esta vez, durante unos segundos que parecieron eternos.

Las palabras recorrieron la mente de Hugo, se transmitieron hacia sus cuerdas vocales y fueron expulsadas por sus labios rosados en cuestión de apenas un bis. Nunca supo porque lo dijo, ojalá lo hubiese sabido. Lo gritó, sin más, no era algo que se decía todos los días, nada que se dijera a una desconocida que parecía tan solo interesante.

Pero una fuerza invisible le empujó a hacerlo: “No sé porque, pero te quiero” Que estúpido suena pensar que alguien te quiere sin haber compartido más que una mirada contigo.

De nuevo el túnel, aquel estúpido túnel que no hacía más que engullir vagones de metro les alejó. Hugo se apoyó sobre las rodillas, pensando en la locura que acababa de cometer, no era propio de él. Valentina se había quedado anonadada, con la mirada perdida en las luces de la siguiente estación que pasaban a toda velocidad a través de sus ojos.

-Yo... también- musitó. Dejando escapar la respuesta a una afirmación que nunca llegaría al destinatario.

Su parada aun seguía distante, dos estaciones más y llegaría de nuevo a su hogar. Pero dos estaciones dan para pensar mucho, sobretodo si estás solo. Porque es ese mismo silencio que estremece tus pensamientos el que te obliga a divagar todo lo que pasa por tu mente, son apenas unos minutos que te exigen, amenazantes a arrepentirte de no haber vuelto, de no haber bajado, de no haber hecho cualquier otra cosa por intentar que de allí naciese algo.

Sin embargo, los reproches vienen después de que nada pase. Porque así somos los seres humanos, nos gusta, muchas de las veces, arrepentirnos de esos *casís* que nunca llegamos a hacer. Es por eso por lo que nos gustan tanto los cuentos de princesas y de príncipes, no hay cabida a que no pase lo que tiene que pasar, a que no haya un final feliz con apuesta de sol.

No obstante vivimos en el mundo real, y puedo aseguraros que de aquel chico no supe nunca nada más, ni siquiera algo tan simple como su nombre. No volvimos a tener otro encontronazo pasional, ni a dedicarnos palabras bonitas. Se quedará siempre como un recuerdo marchito, aunque, sigo subiendo en ese vagón con la misma esperanza de encontrarme con aquel chico de mirada profunda que durante un instante me hizo creer, como si de mi religión se tratase, que los cuentos de príncipes y princesas sí existen.